

1. En casa

En realidad, eres buena persona, tienes un buen corazón escondido bajo los escombros, que es todo lo demás. O esa es la idea que me repito una y otra vez, a la que me quiero aferrar. Tal vez eso explicase que de forma brusca te volvieras taciturno, picajoso, irascible, parco en palabras. Un día cualquiera amanecías como siempre a las seis y media, pero desde que ponías el primer pie en el suelo —siempre el derecho y antes de introducirlo en su zapatilla de lona gris— lo hacías con el rostro torcido. A partir de ese momento te distanciabas, evitabas mi mirada, cambiabas tu tono de voz, también cómo te dirigías a mí, a lo que éramos nosotros. En el margen de unas pocas horas olvidabas el lenguaje cómplice que solo descifra cada pareja. Eliminabas los “te quiero” al despedirnos, al colgar el teléfono o al final de un mensaje, me esquivabas al cruzarnos por la casa. Quiero pensar que no lo hacías de forma consciente, no era algo premeditado. Creo que rehuirme era lo que salvaba tu corazón noble y sincero que aún latía desde alguna parte, aunque yo ya no fuera capaz de sentirlo. Me digo que no estaba en tu naturaleza engañar, que no sabías

mentir ni traicionar. Las infidelidades y las derrotas son una carga pesada y hoy sé que quien traiciona sufre lo mismo, puede que incluso más, que el engañado. Distan-ciarte de una forma impostada era el único camino para aminorar tu carga, tal vez por eso te escondías detrás de muros inaccesibles para mí, para que no tocara tu oscuridad. Yo intentaba encontrar una respuesta examinando los últimos días, los paseos por el parque, las conversaciones en el balcón, las inacabables salidas nocturnas. Analizaba todo con extrema atención en busca de un porqué que creía primero visualizar y después descartaba, hasta encontrar otro que volvía a eliminar, y así trazaba mi propio universo de opciones más probables y otras imposibles sin tener nada como seguro.

Sé que lo que vivimos fue de verdad, que debajo de capas y capas de ruido y a veces de furia, hay algo muy valioso en ti, también muy frágil. Por eso anticipo ahora que mañana no soportarás confirmar que yo lo sabía todo desde el segundo previo a que tú apretaras el gatillo y ejecutaras nuestro fusilamiento, el desastroso final de lo que fuimos. Sabía que no estabas solo. Sabía que estabas con ella en una cama, los dos desnudos, engancho una cerveza con otra y pegando una chupada al gramo de M que tus manos no sueltan, despertando tus sentidos poco a poco como un dragón anestesiado que vuelve a la vida con un ímpetu feroz, una vitalidad renovada. Pasarán los minutos y despegarás desde la cama hasta un sitio lejano. Te irás poniendo cada vez más y más cachondo, más primario, y abandonarás cualquier resquicio de autocontrol en algún rincón de esa habitación entre ropa interior, velas, cigarros a medias y botellines de cerveza. Empezarás

con caricias lentas, lentísimas, para encenderte enseguida, chupando y lamiendo, con suaves mordiscos, lamiendo y chupando. Tú te irás y ella lo habrá hecho varias veces antes. También fingirá hacerlo otras tantas porque te conoce lo suficiente como para saber lo que necesita tu vanidad. Y volveréis a empezar mientras suena la misma *playlist* que escuchaste conmigo en nuestra cama la noche anterior, cuando ya no eras tú, sino esa otra criatura que aparece cuando dejas de estar.

Pasarán las horas, acabaréis el primer gramo y te lanzarás sobre la bolsita que guardabas en el bolsillo de la maleta por si acaso, “Menos mal que pillé otro”, dirás en alto con una emoción infantil, con el orgullo de quien se anticipa al desastre y lo apremia. Te irás al baño para tomarte una viagra a escondidas porque ahora te cuesta mantener la erección, pensando, equivocadamente, que ella no se dará cuenta. Ya no habrá ni rastro de dolor ni una mínima estela de tus calambres. Sonarán *The Strokes*, *Ode to the Mets*. Empezará a iluminarse poco a poco el cielo al tiempo que despierta la ciudad y llegará un momento en que tu cuerpo te diga basta. Pero tú intentarás aguantar media hora más metiéndote un par de tiros. Un par de tiros y no más, porque conoces tu relación con la cocaína y sabes que te acercas al punto en el que el polvo blanco ya no cumple su función. Pasar esa frontera aniquilará tu capacidad física y cerebral, bloqueará el puente que conecta la cabeza y el habla. Ya has comprobado que seguir te ralentizará hasta dejarte como un caballo lento que solo trota torpe y tropieza a cada paso hasta caer desplomado sobre sus propias extremidades rendidas.

No soportarás saber que, en ese mismo instante, a las 4:20 de la madrugada, yo estaba escribiendo estas líneas desde mi cama. Que no dormiré en toda la noche. Me fumaré un cigarro y otro y otro más hasta que me escuezan los ojos y la garganta. Acabaré el último sorbo de la última cerveza y me preguntaré dónde nace esta frialdad, cuándo llegó. Admiraré durante unos segundos tu capacidad para destrozarse todo lo que tocas, vivir bajo los escombros, y entenderé que ahí se esconde más dolor que placer. También que siempre fue tu elección, arrinconar tu lado más vulnerable y presentarte ante el mundo como alguien imbatible, apurar la vida hasta sus últimas consecuencias. Encenderé los altavoces y subiré el volumen intentando silenciar mis pensamientos, bajar las revoluciones, eliminar las emociones. Llegaré a entender tu autodestrucción —el miedo al dolor, la angustia por no poder domarlo— pero no tu empeño por arrastrarme a mí a ella. Me preguntaré por qué me mentiste tanto y tantas veces, por qué cada vez que te insistí negabas lo evidente. “Mi vida, mi amor, tú estás por delante de todo lo demás, deja de ver fantasmas donde no hay nada”, decías siempre que yo estaba a punto de soltarte y escapar. Por qué cada vez que me refugiaba en el estoicismo para alejarme, volvías a buscarme con promesas aún más alentadoras, más imposibles. Y entenderé entonces que fue por miedo, sí, pero también fue por tranquilidad. Miedo a la soledad, a afrontar la vida y tu accidente sin un ancla que te dejaría a la deriva, con la libertad suficiente para deambular en círculos, pero siempre atado a una cuerda de la que tirar y volver al calor de casa. Tranquilidad, porque en este mundo solitario y triste todos necesitamos saber que somos

queridos por alguien sin condiciones. Alguien que estará siempre en cualquier escenario y ante cualquier situación, que no claudicará ni se irá ni te abandonará. Alguien que permanecerá a tu lado también en las circunstancias más dolorosas, incluso en el peor de los agravios. Lo necesitamos porque el amor es lo más parecido a la eternidad y porque los seres humanos seguimos buscando algo que nos trascienda; eso que solo ofrecen el amor, el arte o la fe, pero nunca la razón.

Me fumo el último cigarro de una cajetilla ya vacía y abro las ventanas. Había prometido no volver a comprar, y ahora revuelvo entre libros y cajones, compruebo cada uno de mis bolsos y me desespero al comprobar que no hay más. Afuera el cielo empieza a encenderse de un chispazo. Suena el teléfono y lo escucho a lo lejos, en una realidad distante. La duda mata, agota mentalmente, agita y revuelve en una profundidad insondable, un desgaste sin horizonte ni respuestas. Pero yo ahora ya sé, no más dudas, no más incertidumbre. Vuelvo a la cama con la certeza de lo que está pasando en este mismo momento, alimentada por la seguridad de haber visto tanto que ya no queda nada por confirmar. Esa certeza que hace que una madrugada de domingo a las 6:55, no necesite ver con mis propios ojos lo que está ocurriendo a quinientos kilómetros en una habitación de hotel. Todo está claro, me digo. En una hora amanecerá y la ciudad despertará como si nada hubiera pasado, como si todo siguiera igual, un día más. Pero nosotros ya no, mi amor, ya no más desde hoy.

2. Formentera

Nos conocimos en Formentera, en una fiesta clandestina, saliendo de una pandemia. En 2020, en ese rincón del Mediterráneo se juntaba una marea de jóvenes que buscaban volver momentáneamente a lo de antes, una realidad que nos habían arrancado de cuajo. En las ciudades aún regían las normas que limitaban salidas y horarios de bares y *pubs* y reducían las reuniones de amigos a tan solo los allegados más íntimos. Formentera siempre ha sido la isla en la que recalar unos días, ver qué pasa, dejar correr el reloj frente al mar, que sucedan cosas. Un lugar donde no pensar demasiado y disparar balas al azar. El anticipo de los largos y luminosos días de verano a los que recurriremos más adelante, cuando llegue el frío, la ciudad apague las luces a las seis de la tarde y las semanas se conviertan en una tediosa sucesión de rutina y oscuridad.

No había bares abiertos después de medianoche, pero, para los que llegaban a Formentera en busca de libertad, alcohol a espuestas y eventos irresistibles, las restricciones hacían de la isla un plan aún más alentador. Allí era posible salir a comer sin una hoja de ruta, mezclarse con

gente conocida o no y dejarse llevar por una lluvia de invitaciones a las fiestas privadas que se celebrarían esa noche en casas, villas y barcos. “En la zona de la Savina, en un desvío de la carretera principal, es una villa colonial color teja”, “En el puerto y a la altura del Hotel Bahía preparan algo que pinta muy bien en un yate oscuro. Solo puedes subir si vas disfrazado”, esas eran las escuetas indicaciones con aroma de clandestinidad. Las opciones se multiplicaban a medida que el sol se dirigía hacia el horizonte y estos desconocidos que pronto dejarían de serlo te pedían el teléfono para enviarte un mensaje con las coordenadas del lugar justo antes de la medianoche. Los móviles empezaban a pitar unos minutos antes de las doce para evitar que llegara a oídos de la Policía, que recorría la isla disolviendo cualquier intento de quebrantar la ley. Todos sabíamos que la estábamos transgrediendo, pero éramos demasiado jóvenes y estábamos demasiado hambrientos de vida.

Julietta y yo habíamos llegado a Formentera esa mañana. Aún en bikini y con restos de arena decidimos acercarnos a la fiesta de la villa de La Savina después de hacernos un tatuaje de la silueta de la isla en el tobillo izquierdo. Era nuestro primer viaje tras cinco meses de clausura, cinco meses sin salir de nuestras casas más que para ir al supermercado o a la farmacia, los únicos comercios abiertos en una ciudad aterrada y triste. Conocí a Julieta en el colegio cuando empezábamos primero de Primaria. Ella era una niña saltarina pelirroja, con la tez blanca como el azúcar. Apareció con dos coletas altísimas y pensé que Pipi Calzaslargas había atravesado la pantalla hasta colarse en mi clase y camuflarse entre mis

compañeros de pupitre. Yo era más tímida y callada, también más decidida, y me propuse como un reto convertirla en mi mejor amiga. Estaba segura que lo de llamarse Julieta era un papel, una forma de disimular su verdadera identidad. No solo es que se pareciera físicamente a mi heroína, es que era igual de original, alocada y salvaje que ella. Al poco tiempo me confirmó a voces que su nombre era Julieta y que además nunca le había gustado Pipi, pero ya éramos amigas. Su infancia era un constante cambio de padres, con una madre que nunca quiso serlo, así que mi casa se convirtió en su refugio y mi familia en la suya. En la universidad nuestros caminos se separaron cuando ella cerró los libros de publicidad el segundo año porque quería ser actriz y yo me gradué con buenas notas, pero volvimos a encontrarnos, más por mi insistencia en seguir su rastro de nómada. Ahora Julieta encadenaba un trabajo temporal con otro, mientras seguía moviéndose como una boa impaciente entre pruebas y *castings*.

Bajamos del taxi y se escuchaba a lo lejos *Get it on*, de T. Rex. Nos miramos y supimos que sería una gran noche. El jardín estaba rodeado por tres barras larguísimas en las que camareros de esmoquin ponían copas sin descanso, las bandejas de champán se deslizaban de lado a lado haciéndose hueco entre la gente. Al fondo, una piscina infinita con vistas a Ses Illetes refulgía con decenas de farolillos. Nos mezclamos entre los invitados encontrándonos a cada paso con conocidos, amigos de amigos, caras familiares de nuestra vida en Madrid. No sabíamos quién era el anfitrión, nadie lo sabía, ese era uno de los misterios. Avanzaba la noche y la luna llena reinaba sobre la pista. Bailamos lo mejor del *rock* de los ochenta y

descubrimos una nueva bebida, vodka con champán, una mezcla conocida en Francia como la “cocaína líquida”. Unos cuantos tragos eran suficientes para quedar invadidos por una energía instantánea que intensificaba las emociones. La gente lloraba y reía, se lamentaba y celebraba a la vez, en una desordenada ceremonia de catarsis para dejar las penas atrás.

Horas más tarde, cuando el cielo empezaba a iluminarse, en la pista ya solo quedaban unas pocas sombras desfondadas que destrozaban *Respect* entonando malamente *What you want baby? I got it / What you need, do you know I got it?* Un poco más allá, en la hierba, siete u ocho personas miraban al cielo, impulsados por un viaje de MDMA que les hacía creer que podían atrapar las estrellas. Otros tantos, a los que se unió Julieta agarrada de la mano a sus dos ligues de esa noche, bajaron a la playa al alba. Yo me senté en un sofá a observar a mi alrededor como si estuviera frente a una obra de teatro en la que cualquier cosa podría suceder y me encendí un cigarrillo cuando apareció Mauro, un pintor con el que había coincidido unos meses antes en Madrid. Me saludó exaltado y con la misma sorpresa de encontrarme en aquella villa del siglo XIX que la de encontrarle yo a él. Era un tipo fuera de lo común, de los que con suerte te cruzas una o dos veces a lo largo de una vida. Tenía los ojos oscuros y rasgados, barba descuidada y una nariz prominente. De su moño desecho caían varios mechones que se balanceaban sobre su frente según acrecentaba el entusiasmo de su discurso. Era un ejemplar en extinción en un Madrid hiperactivo, que seguía una rutina paradójicamente estática: desayunaba en la terraza de un café de la plaza de Santa

Ana un *whisky* con hielo y no se levantaba hasta el mediodía. Lo hacía tambaleándose, pero sin tropezar, porque había encontrado la medida perfecta de las copas que podía soportar su cuerpo antes de perder la dignidad. Aún entonces, desprendía una clase que solo adorna a quien nace con ella. Mauro podía hablar de Flaubert y de Modigliani, de psicoanálisis, extenderse con Heidegger o la obra de Chopin, su ingenio parecía no tener fin. Sorprendía la agudeza con la que hilaba sus discursos empapados en alcohol.

Sin saber muy bien cómo, en torno a ese grupo se formó un corrillo de conversaciones dispersas, al que se fueron uniendo el resto de los invitados. Uno de ellos, que se mantenía algo alejado del resto, era pianista, según deduje de las palabras del resto, que se dirigían a él con cierto respeto. Escuché en una conversación paralela que vivía en Madrid, pero había alquilado una casa en la isla donde pasaría unas semanas con su piano. “Hoy estoy aquí porque he aterrizado hace unas pocas horas, pero desde mañana empieza mi retiro”, dijo riéndose. Lo hacía con ligereza, su carcajada era amplia y estridente. Se llamaba Hugo, Hugo Molina. Estaba sentado justo a mi izquierda y, al ver cómo se encendía un cigarro, le pedí tabaco porque a mí se me había acabado. Quería dejarlo y procuraba no comprar. “Es el último, espera”, dijo mientras se levantaba de un salto felino. Minutos más tarde volvió a sentarse a mi lado y me tendió un cigarrillo, y entonces le miré por primera vez. Tenía unas manos enormes y los dedos grandes, largos, el pelo, rubio en el pasado y ahora ya canoso, le caía desordenado sobre su rostro. Él se lo retiraba con un leve movimiento de cabeza, momento en el que dejaba a la vista unos ojos más verdes que azules.

Supe después que tenía cuarenta y seis años, casi veinte más que yo. A pesar de su aspecto descuidado, era presumido de una manera inconsciente, no estudiada. Era ese tipo de hombre que desprende *sex appeal*, un atractivo distinto que solo aparece en cierta dejadez decadente, que no se puede forzar ni imitar.

Y entonces sucedió. En el momento en que yo alcanzaba el cigarro entre sus dedos, él agarró con delicadeza mi muñeca con los suyos. Fue una caricia que sentí larguísima y tierna. Levanté la mirada y me encontré con sus ojos brillantes, a la vez tímidos y alegres, desesperados y hambrientos. Deslicé mi mano entre sus dedos hasta separar la suya, llevé el cigarro a mi boca y esperé a que lo encendiera sin dejar de mirarme con el gesto de quien espera una respuesta. Pasaban los minutos y se unieron más invitados a nuestra improvisada reunión. Éramos el último grupo que todavía aguantaba en un estado aceptable como para mantener una conversación. Él hablaba para todos sobre sus inicios tocando en un piano-bar en Camden, pero cada cierto tiempo sentía su mirada buscando mi boca, a veces mis piernas, siempre mis ojos. Pensé: “No está sucediendo, demasiado champán”, pensé “Mañana no recordaremos nada y este hombre desaparecerá igual que vino”, pensé “Mejor me voy al hotel, ya es muy tarde”. Volví a mirarle, dejé de pensar y me quedé. Intenté medir cuántas veces nos encontrábamos en esa especie de choque visual que yo vivía con una intensidad eléctrica. En veinte segundos de conversación, cuatro veces. Y una más. Seis. Siete. Hasta que cuarenta segundos más tarde ya no volvió, porque ya no se fue, y yo bajé la mirada hacia mi copa buscando un refugio en el que esconderme.